

Acerca de las pasiones públicas*

Cecilia Macón

Uno de los debates que ha recorrido con más fuerza el ámbito de la filosofía política en los últimos años se refiere al rol de las *pasiones públicas*. En términos generales no se trata de una discusión orgánica y acotada, sino de cruces que atraviesan distintas teorías en pugna. Así, desde el feminismo, la democracia deliberativa o el multiculturalismo son varios los caminos abiertos para poner en el centro de la escena esta cuestión. El presente trabajo tiene como objetivo central no sólo reconstruir la discusión, sino también proponer una mirada que atienda al rol otorgado a las pasiones en el marco de una redefinición de la agencia que en algunos casos, como veremos, se torna problemática.

Resulta de particular interés para nosotros evaluar el modo en que distintas teorías feministas han hecho foco en esta cuestión de manera, al menos, controvertida. Efectivamente, durante los últimos años y a través de diversos debates, se ha desplegado una mirada que busca atender al rol cumplido por las pasiones en la esfera pública.¹ Distintas perspectivas teóricas han insistido sobre la necesidad de atender a tales pasiones, y no sólo a las razones, para dar cuenta del campo político. A través de estrategias y argumentos diversos se pone así en cuestión un supuesto importante: la naturaleza racional y unitaria de los agentes. En cada

* Deseo agradecer a Paul Kelly y Anne Phillips por los aportes realizados para la escritura de este trabajo. También resultaron particularmente valiosas las sugerencias de los autores de los dos referatos anónimos de *Deus mortalis*. La investigación que llevó a esta presentación resultó posible gracias a la beca recibida a través del British Council y la Fundación Antorchas.

1. A lo largo de nuestra exposición la noción de *pasiones* aparece como sinónimo de *emociones*, una equivalencia que recorre el debate que aquí discutimos.

caso, estos análisis encarnan un nuevo concepto de *agencia*,² donde la presencia de una actuación estratégica para impulsar el cambio debe ser articulada con la matriz abierta por esta dimensión alternativa.

Como ya señalamos, en este trabajo indagaremos entonces, no sólo en las distintas perspectivas que atienden a esta transformación, sino que además objetaremos ciertas consecuencias de algunas de sus versiones, para luego proponer una alternativa en tren de recuperar esta dimensión pasional sin poner en cuestión la capacidad emancipatoria de los agentes. Efectivamente, muchas de las aproximaciones a la cuestión derivan su propuesta –en general, a su pesar– hacia una reducción de la potencialidad transformadora del agente. En el caso del feminismo se trata de una suerte de revisión de un problema teórico discutido a lo largo de las últimas décadas: el mantenimiento de la categoría de *emancipación* a pesar de la objeción desplegada contra categorías ilustradas que habrían puesto en funcionamiento la opresión de género. En la actualidad, se impone una suerte de nuevo giro: evaluar el sostenimiento de esa misma categoría, atravesada ahora por el papel de las pasiones, sin devaluar el despliegue de la agencia. Ante este problema nuestra estrategia consistirá en presentar una reformulación de la cuestión donde esta atención a la dimensión pasional permita redefinir la noción de agencia sin por ello afectar sus capacidades. Los debates feministas resultan en este sentido una suerte de caso testigo para desplegar el problema y sugerir caminos posibles para su solución.

Es más, este nuevo marco, interpretado de la manera que proponemos, no sólo no debilita la agencia, sino que, bajo ciertas condiciones, es capaz de empoderarla.³ Teniendo en cuenta esta premisa nuestra reconstrucción del debate en torno al rol de las pasiones en la esfera pública tiene como objetivo final cuestionar algunos de los problemas de esta visión –como señalamos, especialmente la desarrollada por posiciones feministas– para más tarde proponer una conceptualización alternativa que se haga cargo de aquel empoderamiento. Nuestra pro-

2. Por *agencia* referimos al término inglés *agency* que implica, en una definición elemental, que el agente es capaz de actuar. Para lograrlo, no sólo debe ser capaz de –en algún sentido al menos– iniciar la acción, sino también de ejercer su poder para lograrlo. Implica también la capacidad de desafiar la autoridad externa en tren de reafirmar la propia autoridad sobre como actuar en relación a sí mismo, llevando así a una relación compleja con la idea de autonomía. En términos de Appiah, «tener agencia es estar en condiciones de concebir y seguir proyectos, planes, valores. En contraste, tener autonomía personal es elegir de manera activa los valores y proyectos que se desea seguir: ser el sujeto de la autoría de sí mismo [...]. Se puede así tener agencia y no ser autónomo». Véase Kwame Anthony Appiah, *La ética de la identidad*, Katz, Buenos Aires, 2007, p. 78.

3. Los términos «empoderar» y «empoderamiento» –de difundido uso en las ciencias sociales– corresponde aquí a los ingleses *empower* y *empowerment*, que indican el otorgamiento o afianzamiento de poder a los actores sociales. Traducida a veces como «apoderamiento» –en el sentido de otorgar un poder– el Diccionario de la Real Academia Española reconoce el vocablo como un término antiguo que ha vuelto a ser usado en los últimos años por la teoría social.

puesta se encargará además de rescatar el rol conflictivo de las pasiones que sostienen una visión de la política donde el consenso no es presentado como un fin –más o menos imaginario– de los enfrentamientos en la esfera pública.⁴

Partimos entonces de una descripción: durante los últimos años y a través de diversos debates teóricos, se ha desplegado una mirada que busca atender al rol cumplido por las pasiones en la esfera pública.

Si bien las pasiones políticas han sido asociadas a procesos autoritarios como el fascismo o de disolución de la esfera pública, resulta evidente que cumplen un rol clave en la constitución de la sociabilidad y en la definición de los objetivos colectivos. La cuestión es entonces ¿cómo caracterizar un rol político para las pasiones sin subordinarlas a la razón ni darles un status ontológico capaz de devenir un obstáculo para la emancipación?; ¿cómo redefinir un agente capaz de contemplarlas en tanto elemento partícipe de su impulso transformador?; si las pasiones parecen arbitrarias, ¿sería posible que jueguen un rol en la definición de las estrategias transformativas asociadas a la agencia?

Nuestro intento por responder a esta pregunta va a estar articulado en dos etapas. En un primer momento analizaremos críticamente algunas de las búsquedas desplegadas para incorporar esta dimensión pasional a la política. Más tarde, nos ocuparemos de delinear una estrategia destinada a articular la presencia de las pasiones en la esfera pública con una lógica emancipatoria.

1. Pasiones, cambio y nostalgia

Tal como señalamos, parte sustancial de la discusión sobre esta cuestión comenzó a desplegarse en el marco de la teoría feminista.

Efectivamente, el debate alrededor de la dicotomía justicia/cuidado desplegado por Carol Gilligan, el reclamo de Iris Young para la inclusión de los modos de reconocimiento del otro y la retórica en la deliberación política, o los debates sobre la pertinencia de atender a cuerpos, sentimientos y a la compasión en la conceptualización de la emancipación son algunos de los ejes que atraviesan este debate. Los trabajos recientes de Nussbaum y Goodwin –siempre con el trasfondo de la discusión feminista– constituyen algunas de las nuevas perspectivas que tratan de revalorar el rol político de las pasiones más allá de la tradicional

4. Nos referimos aquí a la presentación que de la conflictividad realiza W.B. Gallie. Según su perspectiva los conceptos políticos –como los artísticos y los históricos– son esencialmente disputados imposibilitando el arribo a un consenso en relación a su significado. Véase: W. B. Gallie, «Essentially Contested Concepts», *Proceedings of the Aristotelian Society*, Londres, 1956, pp. 167-198.

dicotomía razón/pasión. En este último caso, y tal como veremos más adelante, en tanto convulsiones genealógicas del pensamiento, las emociones son consideradas no como fuerzas ciegas, sino como parte del sistema de razonamiento ético y, por lo tanto, de valores políticos y normas en sí mismas.

Sin embargo, conviene comenzar por recordar algunos elementos que han servido para caracterizar las pasiones. No es nuestro objetivo sintetizar una reconstrucción histórica del concepto, sino simplemente enumerar algunos de los atributos sobre los que sostiene el presente debate. Si durante el siglo XVII fueron consideradas predominantemente fenómenos no cognitivos como una suerte de perturbación del cuerpo,⁵ la teorías cognitivistas de las emociones se han ocupado de destacar que no se trata de afectos mudos sino que pueden ser vinculadas a conceptos, ideas y creencias. De todos modos, en la concepción más difundida se trata de oponer la dimensión pasional a la cognitiva, asociando a las pasiones al aspecto animal y a la presencia del aspecto corporal de la subjetividad.⁶ Esta dicotomía –que por cierto no aceptamos, pero que funciona como trasfondo del debate– sugiere entonces que si la razón está asociada al despliegue de estrategias, las pasiones suponen movimientos no intencionales. Se trata entonces de un tipo de experiencia presentada como un conjunto de fuerzas ciegas que se apoderan de los sujetos.⁷

Teniendo en cuenta esta primera aproximación, en lo que concierne a nuestra cuestión central lo relevante es el modo en que las pasiones pueden redefinir el concepto de agencia: una dimensión clave en nuestro camino a caracterizar –y hacer posible– cualquier pretensión de introducir cambios. Entendemos la agencia como la capacidad de iniciar la acción y ejercer su poder para lograrlo. Implica también la capacidad de desafiar la autoridad externa en tren de reafirmar la propia autoridad sobre como actuar en relación a sí mismo. El agente además –sea individual o colectivo– debe tener la capacidad de reflexionar sobre sí mismo y a la vez, tal como desarrollaremos, de compatibilizar el despliegue de estas estrategias con la presencia de pasiones públicas. De hecho, aún cuando una teoría política no se sostenga en pretensiones emancipatorias, la agencia es también fundamental: la capacidad para iniciar la acción resulta un presupuesto de la política.

En cada caso, los análisis citados encarnan un nuevo concepto de agencia donde la presencia de una actuación estratégica para impulsar el cambio debe ser articulada con la matriz introducida por lo pasional. Es posible identificar entre los impulsores de esta perspectiva cierta tradición que, a veces a su pesar, cons-

5. Raia Prokhovnik, *Rational Woman. A Feminist Critique*, Routledge, Londres y Nueva York, 1999, p. 84.

6. Martha Nussbaum, *Upheavals of Thought. The Intelligence of Emotions*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001, p. 25.

7. Martha Nussbaum, *El ocultamiento de lo humano*, Katz, Buenos Aires, 2006, p. 39.

triñe la emancipación: el impulso por presentar a las pasiones en términos de naturaleza y autenticidad obtura la capacidad transformativa de la política –en el sentido que sea, aún para, en un marco conservador, reclamar una vuelta a ciertas tradiciones del pasado– limitando así la potencia de la agencia.

Es que, como veremos, el privilegio de la inmediatez sobre el rol productivo de la mediación lleva, inevitablemente, a legitimar un estado de cosas dado tildado a veces de inescrutable. Sin embargo, –y este es el eje que proponemos indagar– si las pasiones son analizadas en tanto mediadas, una concepción alternativa de emancipación puede comenzar a ser explorada. Las pasiones no serían ya vistas como expresiones de una voz interior que limita la acción, ni como una mera extensión de la razón misma, sino en tanto una dimensión dinámica y contingente. Tal como sugeriremos, sólo la representación de las pasiones como históricas, contingentes y pasibles de transformación sería capaz de compatibilizarlas con la acción emancipatoria del agente.

Es posible así identificar, particularmente dentro de la teoría feminista, una línea de trabajo que ha desarrollado una reivindicación de las pasiones otorgándole un fuerte status ontológico. Es en estos casos donde se pone en peligro la constitución del agente, se devalúa el rol de la emancipación y otorga a la capacidad descriptiva de la psicología una dimensión normativa. No objetamos aquí que el conocimiento otorgado por la psicología pueda resultar útil para la teoría política, sino que aquello que describe sea identificado como una propuesta de tipo normativo.

La presentación de Carol Gilligan en su ya clásico *In a Different Voice. Psychological Theory and Women's Development* es, en este sentido al menos, transparente: el énfasis puesto en la imposibilidad de pensar el yo moral como un ser descorporeizado lleva a resaltar el rol del «cuidado» –frente al de la «justicia»– en tanto estrategia capaz de expresar un modo femenino de pensar: contextual, atento al detalle y más narrativo que una estrategia masculina marcada por la abstracción; es, en palabras de Gilligan, una suerte de desafío a la ética kantiana –basada en el dominio de las pasiones– definido a partir del vínculo con las necesidades concretas del otro. De acuerdo a la ética del cuidado la no-interferencia no es una cualidad positiva de la esfera política, sino una de carácter negativo que debe ser superada por la consideración hacia el prójimo: “lo que resulta importante no es llegar a una decisión justa, entendida en tanto el modo en que el individuo abstracto en esta situación hubiera querido ser tratado, sino conocer las necesidades de otros particulares o preservar las relaciones de cuidado que existen”;⁸ la

8. Joan C. Tronto, «Women and Caring: What Can Feminist Learn About Morality from Caring?», en Virginia Held (ed.), *Justice and Care: Essential Readings in Feminist Ethics*, Wetview Press, Boulder y Oxford, 1995.

teoría moral se vuelve entonces estrechamente conectada con las necesidades concretas de los otros. Mientras que la ética del cuidado está fundada en relaciones contextuales específicas, la teoría de la justicia resulta –según esta descripción– derivada de derechos abstractos, universales e individuales como manifestaciones de la psique masculina.

Gilligan asegura que la experiencia femenina de interconexión conforma su dominio moral y da lugar a una voz moral distintiva.⁹ «Es un *hecho* que nacemos en el marco de una familia, y que la primera sociedad a la que pertenecemos es la pequeña sociedad de padres e hijos [...] es un simple recuerdo del rol que las emociones humanas tanto como las razones humanas tienen en el desarrollo moral».¹⁰

Es Susan Mendus quien mejor expone las consecuencias conservadoras de esta perspectiva que se pretende liberadora. Al desarrollar sus objeciones, señala: «la lógica del “cara a cara” está basada en una perspectiva nostálgica que idealiza y romantiza los roles naturales en una incuestionable asimetría de poder».¹¹ Esta falta de debate sobre el desbalance del poder presupuesto por Gilligan es consistente con la resultante adopción de concepciones estáticas y unitarias de la identidad y con el olvido de la conflictividad de lo político.¹² La ética del cuidado olvida también evaluar la perspectiva de quien es objeto de tal cuidado: ser receptor de la compasión de un extraño puede ser ofensivo y no bienvenido como pretende Gilligan: «Frecuentemente –apunta Mendus– lo que se busca no es la compasión de alguien mejor situado sino el reconocimiento de nuestros reclamos en términos de justicia e igualdad».¹³ Desde esta perspectiva crítica, inclusive, la compasión puede resultar en más de un caso ofensiva. Si bien Mendus rescata algunos elementos de la ética del cuidado fundada por Gilligan, lo cierto es que indaga en aspectos que resultan centrales en nuestra presentación: la incapacidad para dar cuenta de la conflictividad, la fragmentación y pluralidad de las identidades y de las características no meramente pasivas de quien es receptor eventual del cuidado.

Nel Noddings, por su parte, evalúa otros dos defectos morales esenciales del cuidado: por un lado, al circunscribirlo a las personas que nos resultan cercanas parece estar sostenido en la mera arbitrariedad¹⁴ y, en segundo lugar, el llamado “misterio del desarrollo femenino”¹⁵ constituye un nuevo refuerzo a los estereo-

9. Judith Squires, *Gender in Political Theory*, Polity Press, Cambridge, 2000, p. 143.

10. Annette Baier, «The Need for More than Justice», en Virginia Held, *op. cit.*

11. Susan Mendus, *Feminism and Emotion. Readings in Moral and Political Theory*, MacMillan Press, Londres, 2000, p. 107.

12. *Idem*, p. 100.

13. *Idem*, p. 107.

14. Nel Noddings, “Caring”, en Virginia Held, *op. cit.*

15. Carol Gilligan, *In a Different Voice. Psychological Theory and Women’s Development*, Harvard University Press, Cambridge, 1993, p.23.

tipos, operación ajena a cualquier propuesta transformativa si las hay. Dos ejes más que tornan evidente las consecuencias de la estrategia de Gilligan: las emociones entendidas como eventualidades dualistas y estereotipadas sostenidas en un polo activo y otro pasivo, y el evidente apego a esa relación como un estado de cosas incuestionado. Se trata, claramente, de consecuencias que afectan las pretensiones emancipatorias del feminismo que Gilligan pretende hacer propias.

La teoría dedicada a la democracia deliberativa es otro de los ámbitos donde se ha discutido el rol de las pasiones en la redefinición del agente. Es sobre todo en el marco del pedido de reformulación de ciertos aspectos de esta postura que resultan desplegados nuevos argumentos en defensa de una conceptualización de la agencia atenta a las pasiones. En este sentido los desarrollos de otra feminista, Iris Young desarrollados en *Justice and the Politics of Difference* y en *Inclusion and Democracy*, se tornan clave: su rechazo tanto hacia la justicia entendida como imparcialidad como de la deliberación basada exclusivamente en razones, abre la propuesta hacia una suerte de universo paralelo capaz de incluir las pasiones, la retórica y el testimonio, que pugna por ser reconocido en el ámbito público. Es necesario, señala, definir nociones de comunicación y subjetividad más amplias capaces de incluir las pasiones, los testimonios y la retórica a la deliberación. De acuerdo a su perspectiva, entonces, una teoría de la democracia debe estar sostenida en una ética comunicativa cotidiana. Desde el momento en que la narrativa y la retórica tienen el privilegio de poder dar voz a la experiencia situada de un modo más auténtico, la esfera pública debe ser entendida como una dimensión plural y compleja que las contenga. Para Young, la narrativa es “un medio de dar voz a tipos de experiencia que frecuentemente no son escuchadas en las discusiones legales, y como un medio para desafiar la idea de que la ley expresa un punto de vista imparcial y neutral más allá de todas las perspectivas particulares”.¹⁶ El privilegio de la narrativa y la retórica¹⁷ está sostenido en el hecho de que son capaces de dar voz a experiencias situadas de un modo más auténtico y exhibiendo una subjetividad radical y diversa que atiende a la dimensión pasional.¹⁸ La esfera pública entonces, de acuerdo a Young, debe ser definida en términos de una dimensión compleja y plural, abierta a las experiencias y deseos de todos. El único modo de expresar semejante pluralismo es a través de la narrativa y la retórica, dos estrategias discursivas cuya inmediatez con la experiencia garantiza autenticidad.

16. Iris Marion Young, *Inclusion and Democracy*, Oxford University Press, Oxford, 2000, p. 71.

17. Iris Marion Young, *Justice and the Politics of Difference*, Princeton University Press, Princeton, 1990, p. 130.

18. Iris Marion Young, “Communication and the Other: Beyond Deliberative Democracy”, en: Seyla Benhabib (ed.), *Democracy and Difference*, Princeton University Press, Princeton, 1996, p. 131.

La crítica desarrollada por Young contra la imparcialidad enfatiza además su cualidad desapasionada, un rasgo que «busca dominar o eliminar la heterogeneidad de los sentimientos. Sólo expulsando el deseo o la afectividad de la razón, puede lograr la imparcialidad su unidad».¹⁹ Con el objetivo de apoyar su teoría, Young cita el concepto del «otro concreto» reactivo a la experiencia descorporeizada y descontextualizada: ver a cada ser racional como un individuo con una historia concreta, una identidad y una constitución afectivo-emocional específica.²⁰ La cultura dominante y abstracta pone así en peligro cualquier dimensión heterogénea.

De acuerdo a los argumentos de Young, la imposibilidad de imparcialidad²¹ implica desafiar la tradicional oposición entre lo público y lo privado que se alinea con las oposiciones entre lo universal y lo particular, y entre razón y afectividad.²² En tanto virtud, «la justicia no puede mantenerse opuesta a la necesidad personal, los sentimientos y deseos, sino que nombra las condiciones institucionales que permiten a las personas cubrir sus necesidades y expresar sus deseos».²³ Las necesidades «pueden ser expresadas en su particularidad en un público heterogéneo».²⁴ Las pasiones se transforman entonces en una dimensión esencial para reivindicar la diferencia como variación y heterogeneidad a cambio de la meta del consenso introducida por la matriz progresiva.²⁵

Si bien Young busca a toda costa evitar la ontologización y define «género», por ejemplo, como una «serie social sin atributos comunes»,²⁶ intentando desconectar género de identidad,²⁷ creemos que los rasgos señalados permiten entrever el modo en que la «autenticidad de la experiencia» deviene peligrosamente clave en su planteo. Aun allí donde la diversidad resulta central y nunca se apela al consenso, hay cierta insistencia en la reivindicación de una dimensión auténtica que nunca se presenta como modificable o problemática. Es justamente esta caracterización de las pasiones en tanto instancia auténtica la que impone límites a las posibilidades a la agencia. En el caso de Young, por ejemplo, sus objeciones a la imparcialidad, asentadas sobre pretensión de que excluir las pasiones implica

19. Iris Marion Young, *Justice...*, *op. cit.*, p. 100.

20. Seyla Benhabib, «The Generalized and the Concrete Other», en Seyla Benhabib-Drucilla Cornell (ed.), *Feminism and Critique*, Polity Press, Cambridge, 1987, p. 87.

21. Iris Marion Young, *Justice...*, *op. cit.*, p.112 y ss.

22. *Idem*, p. 121.

23. *Ibid.*

24. *Ibid.*

25. *Idem*, p. 171.

26. Iris Marion Young, «Communication...», *op. cit.*, p. 23.

27. *Idem*, p. 33.

borrar la heterogeneidad dada en el espacio de afectos y deseos,²⁸ parecen requerir de la inclusión de esa instancia por su naturaleza inmodificable.

Hogget y Thompson han expandido los argumentos de Young para defender lo que denominan «democracia de las emociones» sostenida en su capacidad para dar cuenta de manera más realista de la política. De acuerdo a su perspectiva, desde el momento en que las «teorías de la democracia deliberativa, como la mayor parte de la teoría política dominante, no dan cuenta de la afectividad [...] creemos que esa clase de teoría política resulta demasiado abstracta y racionalista para ser de uso práctico».²⁹ Privilegian en definitiva una forma particular de comunicación que es, en sí misma, excluyente: «las emociones nunca no están en la esfera pública; nunca pueden ser excluidas de los espacios deliberativos».³⁰ Lo que agregan al argumento de Young es la necesidad de tomar en cuenta las emociones negativas: según Hoggett y Thompson reconstruyen su planteo, Young parece olvidar que el modo en que las fuerzas afectivas y corporeizadas pueden ser destructivas así como constructivas.³¹ Se trata entonces de desarrollar una «teoría política más realista, más cercana a los sentimientos reales incapaces de mostrar el modo en que la razón y la emoción pueden –o deben– interactuar».³² Por lo tanto, el pretendido uso práctico no es ya sólo «realismo», sino que además expresa una concepción específica de las pasiones como capaces de interactuar con las razones y tanto destructivas como constructivas. No surge, sin embargo la posibilidad de transformación de las pasiones así definidas.

Justamente, tal como se verá en las próximas páginas, nuestra propuesta pretende abrir la posibilidad de modificación de las pasiones –como un camino para evadir el esencialismo y la constitución de esta dimensión en una suerte de dogma sostenido en la autenticidad– para así incorporarla a lo político al margen de las meras exigencias de moderación.

2. Conflictividad política y pasiones públicas

Aunque el análisis de Martha Nussbaum resulta complejo y evita los dualismos, creemos que su perspectiva puede ser presentada como otro ejemplo de esta caracterización de las pasiones capaz de obturar la agencia. Sostenidas en su rol de

28. Iris Marion Young, *Justice...*, *op. cit.*, p. 100 y ss.

29. Paul Hogget y Simon Thompson, «Towards a Democracy of Emotions», en *Constellations*, vol. 9, No. 1, 2002, pp. 106-126; cf. p. 107.

30. *Idem*, p. 114.

31. *Idem*, p. 117.

32. *Idem*, p. 119.

expresar la vulnerabilidad humana, estas “convulsiones del pensamiento” –tal como son llamadas por Nussbaum en su, justamente, *Upheavals of Thought*– pertenecen a un reino misterioso: esta experiencia de ser sacudido o estar en fermento constante es la encargada de expresar una geología que no puede ser alterada.³³

La justificación fundamental de su razonamiento está basada en la necesidad de tener en cuenta la psicología para entender la ética.³⁴ Es allí donde se expresa un primer problema de su propuesta: de hechos a *normas*, de lo dado debe emerger lo que *debe ser* llevado a cabo. Inspirada en los principios de la filosofía estoica afirma: «las emociones nos vinculan a cosas que consideramos importantes para nuestro bienestar, pero no controlamos del todo y evocan el sentimiento de vulnerabilidad».³⁵ Las emociones son capaces entonces de explicar el comportamiento imprevisible: «las personas aprecian y valoran cosas que realmente no piensan como buenas».³⁶ No hay allí espacio para la multiplicidad. Tal como fue señalado por Prokhovnik,³⁷ la reconstrucción de Nussbaum está basada en la reproducción de la naturaleza humana, una pretensión que atenta contra el potencial realmente transformador de la agencia que incluye la eventual transformación de sí misma.

Es así como afirma Nussbaum: «las emociones nos vinculan con elementos que vemos como importantes para nuestro bienestar pero no controlamos totalmente. Son las encargadas de registrar el sentido de vulnerabilidad».³⁸ Por lo tanto, las emociones –como imperfecciones de nuestro propio control– parecen explicar algún comportamiento incontrolable y no predecible. En su análisis Nussbaum, a la manera de Adam Smith,³⁹ transforma en central el rol cumplido por la imaginación como camino para reconstruir el lugar del otro. Un lugar al que, extrañamente, sólo logramos acercarnos por obra de un defecto de nuestro control.

Aun cuando, de acuerdo a Nussbaum, las emociones resultan ser constructos sociales y las narrativas un vehículo privilegiado que involucra la manipulación de la información, su excepcionalidad se sostiene sobre cierta capacidad para expresar una vulnerabilidad oculta pero en fermento constante. Efectivamente, en el caso de Nussbaum ya no es posible visualizar a las pasiones como el ámbito de la autenticidad –tal como en Young–, pero sí en tanto un medio adecuado para

33. Martha Nussbaum, *Upheavals...*, *op. cit.*, p. 62.

34. *Idem*, p. 3.

35. *Idem*, p. 51.

36. *Idem*, p. 43.

37. Raia Prokhovnik, *Rational...*, *op. cit.*, p. 146.

38. Martha Nussbaum, *Upheavals...*, *op. cit.*, p. 43.

39. Hacemos referencia aquí a la teoría desarrollada por Adam Smith en *The Theory of Moral Sentiments*, donde la *sympathy*, sostenida en una suerte de vínculo empático, permite asociar la lástima y la compasión a la idea de justicia.

expresar cierto reino misterioso. Ya no se trata de fuerzas ciegas, sino de impulsos que involucran algún tipo de juicio, estando siempre atravesadas por el pensamiento.⁴⁰ No son «más naturales», como en Gilligan, pero sin embargo, en tanto parte del sistema de razonamiento ético, logran ciertos privilegios para su expresión a través de medios «inmediatos» como el del testimonio. La llamada por Nussbaum «socialidad deliberativa humana» limita las emociones que podemos experimentar, pero, insistimos, ese reino misterioso e imprevisible sólo puede ser modificado por obra del azar enquistado en ese mismo reino borroso.

Aun cuando Nussbaum haya modificado algunas de las cuestiones presentadas, su perspectiva todavía se encuentra sometida a algunos de los mismos problemas. Efectivamente, en un análisis que enmienda algunas de estas premisas, sugiere que ciertas emociones como la vergüenza y la repugnancia –contrariamente a la ira y el temor– no resultan confiables para la práctica pública debido a aspectos de su propia estructura interna.⁴¹ De hecho, asegura, «la repugnancia ha sido utilizada a lo largo de la historia para excluir y marginar a grupos o personas que llegan a encarnar el temor y el aborrecimiento del grupo dominante respecto de su propia animalidad y mortalidad».⁴² Pese a seguir sosteniendo que las emociones, atadas a nuestra sociabilidad,⁴³ expresan una vulnerabilidad que resulta necesario rescatar –algo en lo que acordamos–, su insistencia en la apelación a las descripciones psicológicas para fundamentar su teoría política redundante en una reconstrucción de un estado de cosas que resulta imposible modificar. Si bien hay ciertas emociones, como la repugnancia, que no deben ser tenidas en cuenta a la hora, por ejemplo, de legislar o administrar justicia, la posibilidad de su alteración queda excluida. Esta limitación supone también una obturación de la agencia en relación a sus propias posibilidades de transformación. Si la agencia atiende a razones y pasiones, la fijación definitiva de este último atributo implica una de las limitaciones más fuertes que las posibilidades transformativas de la agencia: ella misma. Al aceptar que la agencia sea caracterizada como una entidad sostenida en cierta estabilidad, refractaria a los cambios que ella misma pueda producir, su debilitamiento resulta evidente. Eventualmente, la capacidad transformadora de la agencia podrá encontrar ciertos obstáculos pero ello no implica establecerlos dogmáticamente de antemano, sobre todo en lo que hace a la dinámica que afecta sus propias características.

40. *Ibid.*

41. *Idem*, p. 26.

42. Martha Nussbaum, *El ocultamiento...*, *op. cit.*, p. 27.

43. *Idem*, p. 20.

Justamente, uno de los problemas a debatir en relación a esta perspectiva se centra en el reconocimiento de la ausencia de una estrategia para dar cuenta de los mecanismos transformativos de las emociones. Y esta falta no hace más que impedir la constitución de una auténtica dinámica de las pasiones. Conceptualizadas como constructos sociales logran tener un estatus ontológico menos fuerte que en Gilligan, pero, aun así, no resultan capaces de ser modificadas. Parece tratarse meramente de contemplar el modo en que las pasiones influyen en nuestra vida política y moral. En tanto sólo pueden ser reconstruidas por sus consecuencias, aún resultan un misterio a develar. Y, parece decir Nussbaum, debemos atrevernos –o resignarnos– a que lo sigan siendo.

Posiciones como la de Nussbaum han generado la apertura del debate hacia otro tipo de propuesta. Es aquí donde el análisis desplegado sobre la cuestión por Chantal Mouffe, particularmente en *The Democratic Paradox* y en *En torno a lo político*, resulta iluminador al menos en dos sentidos. Por un lado por el reconocimiento que hace de algunos de los problemas aquí presentados y, por otro, por las tensiones que su propia mirada genera, muy especialmente aquello en lo que hace a la imposibilidad de alterar las pasiones, a la sazón nuestra preocupación central. Su recorrido intenta dar cuenta de la cuestión pasional excluyendo –tal como sugería Young– un rol para el consenso y sumergiéndose en una aceptación –y radicalización– del pluralismo como un hecho inevitable. Sin embargo, aun cuando –tal como veremos– en este sentido se logre hacer a un lado la supuesta armonía de esta dimensión, todavía se mantiene su carácter inmodificable, afectando las cualidades transformativas del agente histórico. Es en este camino que, dentro de una matriz teórica que evoca explícitamente las influencias de Richard Rorty y Ludwig Wittgenstein, Mouffe opone pasión a razón para sostener el rol central del agonismo político en lugar del consenso, y de las formas de vida a cambio de la significación. Supone, como veremos, un avance en relación al reconocimiento del papel de lo conflictivo, pero aún sostiene un concepto que, como el de «compasión», está asociado al de «cuidado», sobre el que justamente hemos señalado objeciones debido a su legitimación de la asimetría. Continúa además rehuyendo a las posibilidades de transformación de las pasiones.

De acuerdo a su perspectiva, la justicia es un derecho más amplio de lo que tradicionalmente se supone: está obligada a incluir, no la racionalidad, sino las creencias: «la creación de formas democráticas de individualidad es una cuestión de *identificación* con los valores democráticos, y este es un proceso complejo que tiene lugar a través de distintos tipos de prácticas, discursos y juegos de lenguaje».⁴⁴ Es, como señalamos, una cuestión de acuerdo, no sobre la significación, sino so-

44. Chantal Mouffe, *The Democratic Paradox*, Verso, Londres y Nueva York, 2000, p. 70.

bre formas de vida capaces de rechazar los límites impuestos por la razón. Y es allí donde el rol de las pasiones resulta innegable.

Mouffe destaca que mientras la racionalidad pone límites al debate político,⁴⁵ las pasiones parecen capaces de exponer el rol político esencial del agonismo –como lucha entre adversarios–. De lo que se trata es de «proveer los canales a través de los cuales las pasiones colectivas van a tener la posibilidad de expresarse sobre cuestiones, mientras permiten suficiente posibilidad de identificación». ⁴⁶

Su teoría argumenta contra un concepto de ciudadanía que, consistente en la adopción de un punto de vista universal, ha sido transformada en equivalente a la razón y reservada a los hombres.⁴⁷ Como radicalización de la tradición democrática moderna, el ciudadano debería en realidad estar involucrado en la esfera pública a través de las pasiones. Este rol adjudicado a lo pasional tiene, en el caso de Mouffe, un marco clave: la reivindicación del *agonismo* como superador de la versión liberal del pluralismo, a la que se contempla como antecedente.⁴⁸ Si la comprensión liberal del pluralismo tiene como meta progresiva el consenso, la democracia radical que ella reclama debe excluir esta pretensión de armonía para destacar la conflictividad esencial de lo político.⁴⁹ Allí los adversarios no compiten como en el liberalismo, sino que, en el marco de la lucha agonística donde nunca puede haber una reconciliación racional, se ponen en cuestión las propias relaciones de poder.⁵⁰

El «*ethos* del compromiso» defendido por Mouffe es por lo tanto la única actuación política posible.⁵¹ Basado en la presencia de ciudadanos activos y pasionales, esta concepción de la política parece definir ciertos principios políticos en términos de un *modus vivendi*. Es así una perspectiva que impone límites a la misma posibilidad de transformación, algo que no parece estar en el espíritu del pensamiento mouffiano. El resultado de las pasiones esencialmente conflictivas –pero no modificables– es el agonismo infinito de Mouffe. Así, su propuesta ha superado las pretensiones de armonía, pero aún mantiene las dificultades para la transformación de la dimensión pasional y la reivindicación de ciertos vínculos emocionales esencialmente asimétricos como la compasión, donde uno de los polos resulta desempoderado.

45. *Idem*, p. 93.

46. *Idem*, p. 119.

47. *Idem*, p. 237.

48. Chantal Mouffe, *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007, p. 13.

49. *Idem*, p. 17.

50. *Idem*, p. 28.

51. Chantal Mouffe, *The Democratic...*, *op. cit.*, p. 153.

De hecho, en tren de reivindicar el agonismo político ligado conceptualmente al pluralismo frente a las homogeneidades del consenso, y de exigir que formas de vida reemplacen la significación, opone –como señalamos más arriba– otra vez pasiones a razones. En un disimulado giro pleno de optimismo, la naturaleza humana es allí vista como una dimensión que debe ser respetada y nunca modificada. Las pasiones resultan capaces de exponer el rol político esencial del agonismo como la lucha entre adversarios y de expresar la importancia de un ciudadano activo involucrado en la esfera pública por, justamente, sus propias pasiones. Es de este modo que resultan incorporados a la discusión conceptos premodernos –tales como la *compasión* y la *caridad*– que creemos, y a pesar de la confesada vocación de Mouffe, no pueden ser asociados a una acción transformadora: contienen indefectiblemente –como en el caso del *cuidado*– un desempoderamiento del polo supuestamente beneficiado.

Desde el momento en que, según Mouffe, el racionalismo tiende a borrar la diversidad, es necesario «renunciar al sueño del dominio total y la fantasía de que podríamos escapar de nuestras formas de vida».⁵² Pero nos preguntamos, esta suerte de condena a un conjunto de hechos –nuestras formas de vida–, ¿no define una estrategia dedicada también a conservar un estado de cosas sin que esto aparezca justificado en su argumento? Nuestra respuesta positiva a esta pregunta implica que la conceptualización de un agente transformativo debería incluir la posibilidad de cambiar algunos rasgos de la agencia. Mouffe, por el contrario, parece elogiar la inescrutabilidad y hasta la respetabilidad de una naturaleza humana que resulta ser estable e incuestionable. Nuevamente, como en Nussbaum, la posibilidad de transformación de la propia agencia resulta obturada.

Más allá de elementos que consideramos aportes positivos para el debate, el apego de Mouffe a paradigmas como el caritativo pone en jaque algunos de estos elementos. En gran medida los análisis desplegados sobre esta cuestión tienden a sostener que –como en Gilligan– el sentido de justicia necesita compromiso, no desapego. Exige un sentido profundo de aquello que se ha ofendido y no sólo un sentido abstracto de equidad.⁵³ Sin embargo, la apelación de Mouffe a la compasión obliga a preguntarnos: ¿es la compasión –tal como ella pretende– capaz de transformar las perspectivas políticas? Las pasiones de Mouffe entran en conflicto pero, por su sostenimiento de la caridad, resultan en la reivindicación de una asimetría tan poco cuestionada como las características mismas de las pasiones. El

52. *Idem*, p. 77.

53. Robert C. Solomon, *A Passion for Justice. Emotions and the Origins of the Social Contract*, Addison-Wesley, Reading, Menlo Park y Nueva York, 1990, p. 42.

desagenciamiento⁵⁴ de quien es objeto de compasión atenta contra el despliegue de la agencia necesaria para la intervención política, en un sentido conservador que propugne la vuelta al pasado o el mantenimiento del *statu quo*.

De este modo, si bien la perspectiva de Mouffe busca apartarse de las pretensiones de consenso y armonía finales a través de la dimensión pasional abiertas por Adam Smith, tal como en el caso de Young, otorga aún a las pasiones un espacio inmodificable que pone en cuestión las cualidades transformativas de la agencia. Pone en jaque también su propio cuestionamiento al consenso: si bien no pretende que la dimensión pasional resulte en armonía, identifica en este factor un espacio sobre el que es necesario construir un consenso alrededor de su inalterabilidad sin que ello esté sostenido en algún tipo de argumento.

Hemos recorrido entonces distintas perspectivas que, al reivindicar un rol político para las pasiones, logran internarse y exhibir, con distintos grados de lucidez y tensión, ciertas consecuencias del hecho mismo de la presencia de las pasiones en la esfera pública. Pero, en cada uno de los casos, las pasiones aparecen asociadas no sólo con una visión esencialista, sino también con un programa político –a veces contradictorio, como en Mouffe– donde, inclusive reconociendo el carácter conflictivo de las pasiones, se desemboca en la imposibilidad de su propia transformación.

Seguramente las pasiones juegan un papel relevante en el ámbito político. Las emociones de hecho conectan a los seres humanos; la rabia, la frustración o el placer de la protesta ayudan a construir lazo social, pero no por ello esta dimensión debe ser considerada una suerte de límite para la acción transformativa de la política.

Las emociones no deben ser presentadas, como pretende Nussbaum, como “el reconocimiento de nuestras necesidades y de nuestra pasividad antes de las cosas externas”,⁵⁵ ni como una mera geología –una suerte de otredad–, sino como parte de una dinámica que no resulta accidental sino esencial. Se trata entonces de hacer de las emociones fuentes de transformación –inclusive de sí misma– y no medios adicionales para la construcción de la meta del consenso resultado de la teleología.

Los rasgos esencialistas y obturadores de la agencia de este tipo de atención prestada a las pasiones resultan, a nuestro entender, contradictorios con pretensiones emancipatorias como las desplegadas, por ejemplo, por las teorías feministas de las que las autoras citadas se pretenden voceras.

Las posturas introducidas hasta ahora contienen, alternativamente y en mayor o menor medida, tres problemas que atentan contra el despliegue de la agencia

54. Referimos acá al concepto de *desagenciar* en términos de restar la capacidad de ejercer en tanto agentes.

55. Martha Nussbaum, *Upheavals...*, *op. cit.*, p. 500.

que resultan particularmente problemáticos para una teoría feminista asociada a exigencias emancipatorias de las mujeres:

a) remiten a una suerte de armonía preestablecida consensuada de las pasiones que hace a un lado la conflictividad limitando las posibilidades de aquello que puede modificarse.

b) se sostienen en una asimetría expresada en mecanismos como la compasión o el cuidado, que desempoderan a una de las partes puestas en juego.

c) excluyen la posibilidad de alterar las pasiones –sea por su propia naturaleza o por alguna estrategia desplegada por los actores–, obturando así la eventual modificación de la propia agencia.

3. Una dinámica para las pasiones

En esta tercera sección de la presentación nos ocuparemos de introducir los principios de nuestra propuesta. Exploraremos estrategias que nos permitan esbozar un camino alternativo a esta tensión establecida entre pasiones y agencia, a veces, por cierto, a su pesar. En primer lugar, expondremos tácticas que van más allá de esta incómoda dicotomía, para después esbozar principios destinados a desplegar una estrategia conceptual. Decimos entonces: para lograr ser transformativas –y refrendar el agenciamiento– las pasiones no deben ser ya descriptas como fundacionales o caracterizadas como meramente naturales. En este sentido nos apoyaremos en Fraser y el énfasis que ha introducido en relación a la necesidad de desplegar posiciones que permitan la «desreificación crítica y la crítica normativa, así como la generación de nuevas significaciones emancipatorias».⁵⁶

En una postura que toma distancia tanto del anti-esencialismo post-estructuralista como del esencialismo, sea éste ginocentrista o culturalista, Fraser sostiene que sólo el reconocimiento de agentes colectivos torna posible la conceptualización de agentes emancipatorios. Tanto la celebración de las identidades *per se* como la afirmación de que todas las identidades resultan ficciones represivas abren caminos que difícilmente puedan ser articulados con una estrategia emancipatoria. Sin embargo, ciertos rasgos de una emancipación que descansa sobre la noción de autonomía pueden ser articulados con la crítica desreificante desplegada por el post-estructuralismo.⁵⁷

56. Nancy Fraser, «Pragmatism, Feminism and Linguistic Turn», en *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, Routledge, Nueva York y Londres, 1995, p. 167.

57. *Idem*, p. 210.

Es este proyecto de Fraser basado en la construcción de narrativas falibilistas, no fundacionales y revisables, pero narrativas al fin, el que nos interesa rescatar para nuestro debate. En relación al tema que nos ocupa, se trata de ofrecer la posibilidad de narraciones contingentes de las pasiones que habiliten el despliegue de una agencia empoderada.

Así, la génesis de este camino ha sido encontrada por algunos teóricos en los desarrollos de Spinoza alrededor de la dinámica de las pasiones.⁵⁸ El *conatus*, donde cuerpo y mente son entendidos como una unidad, permite teorizar una sociabilidad basada en pasiones que resulte, a la vez, dinámica. De acuerdo a su perspectiva, las afecciones del cuerpo implican la capacidad de aprehender el futuro a través de la imaginación. La sociabilidad, por su parte, resulta inherentemente afectiva y capaz de abrir la posibilidad de integrar pasado y presente. Queda expresada así una alternativa donde la agencia define su vínculo con las pasiones de modo complejo. Ya no se trata de una geología –a su pesar, una suerte de otredad–, sino de una dinámica que no resulta accidental sino esencial. Las emociones no son ya límites para la acción política, sino fuentes de una transformación infinita que pueden ser articuladas en términos de narrativas contingentes.

Es en esta evocación del pensamiento de Spinoza en que se basan teorías feministas como las desarrolladas por Moira Gatens y Elizabeth Grosz. Allí, tras el rechazo del dualismo, se reivindica la dimensión sociopolítica del cuerpo, ya no como vehículo pasivo de la mente, sino como instancia de transformación y de privilegiada «expresión».⁵⁹ Una concepción totalmente ajena tanto a la ausencia de conflictividad, como a la exclusión de eventuales transformaciones.

Efectivamente, las emociones no tienen que ser vistas como teniendo un *status* ontológico aislado basado en una radical especificidad, mientras que el cuerpo debe dejar de ser presentado meramente como un vehículo pasivo para devenir un eje de la subjetividad,⁶⁰ donde él mismo resulta socialmente construido.⁶¹

De acuerdo a la presentación del problema que hace Raia Prokhovnik debemos encarar la disolución de importantes dualismos como mente/cuerpo, hombre/mujer, razón/emoción o sexo/género. Es básicamente necesario desnaturalizar conceptos tradicionales, entre ellos las pasiones mismas. Ha sido justamente Prokhovnik quien más claramente se ha manifestado contra los distintos dualismos desplegados a lo largo de este debate. Enfrentada a todo tipo de naturaliza-

58. Moira Gatens y Genevieve Lloyd, *Collective Imaginings. Spinoza. Past and Present*. Routledge, Londres, 1999, p. 30.

59. *Idem*, p. 37.

60. Elizabeth Grosz, *Volatile Bodies. Towards a Corporeal Feminism*, Indiana University Press, Bloomington e Indianápolis, 1994, p. ix.

61. Moira Gatens y Genevieve Lloyd, *Collective... op. cit.*, p. 50.

ción –como el ya citado desarrollo de Gilligan– señala que resulta necesario dar cuenta de la diversidad de cuerpos y redefinir la noción de agencia en el marco de una lógica relacional.

El programa de la tercera ola del feminismo, basado justamente en una lógica relacional y en el rechazo a la reificación posmoderna del lenguaje,⁶² expone la necesidad de exhibir la dimensión normativa implícita en cada práctica social. El cuerpo ya no es una instancia privilegiada, sino parte de una de las tantas dicotomías que la teoría política tiene que expulsar de su dominio. En el pensamiento relacional,⁶³ la relación no es algo dado, sino una dimensión esencialmente dinámica. Las emociones resultan entonces contextuales y abiertas a su vínculo con la agencia. Esta dinámica –definida como continuidad entre objetos y pensamiento– legitima una visión abierta de la relación entre los términos en uso.⁶⁴ La ambigüedad –pero no la desaparición– de los límites entre razón y emoción invitan a la redefinición de los dos términos. La teoría de Prokhovnik se vincula con uno de los tópicos clave del feminismo: «el hecho de que los cuerpos habiten contextos discursivos, sociales e históricos específicos que forman nuestra experiencia corporal y nuestras oportunidades de refutación política puede generar un dilema: o restringimos las limitaciones estructurales de género hasta negar agencia a las mujeres o representamos la agencia de las mujeres de una manera tan acabada que se evapora el poder de la subordinación».⁶⁵

La solución de Prokhovnik a este dilema –que implica caracterizar las emociones como contextuales–⁶⁶ borra toda incompatibilidad con la agencia: tiene que ser visto en el contexto de prácticas sociales y relaciones de poder y más allá de todo tipo de naturalización. La necesidad de una visión integrada de la subjetividad está basada así en el reconocimiento de la interdependencia de tres dimensiones: mente, emoción y cuerpo. Como en Spinoza, es cuestión de ir más allá de las oposiciones metafísicas.⁶⁷

Creemos, entonces, que las pasiones no deben ser naturalizadas ni presentadas en el marco de ningún dualismo, sino vistas como parte de una dinámica compleja que evite la apelación a cualquier armonía preestablecida y haga a un lado la justificación de mecanismos asimétricos como el sostenido por la lógica compasiva. De otro modo se transforman en cualidades meramente estáticas que

62. Raia Prokhovnik, *Rational...*, *op. cit.*, p. 16.

63. *Idem*, p.30.

64. *Idem*, p.42.

65. Wendy Parking, «Protesting Like a Girl. Embodiment, Dissent and Feminist Agency», *Feminist Theory*, vol.1, No.1, 1999, pp. 59-78; cf. p. 59

66. Raia Prokhovnik, *Rational...*, *op. cit.*, p. 94.

67. *Idem*, p. 152.

justifican las actitudes de sentido común: límites rígidos para la acción política. Incapaces de ser modificadas llevan a la contemplación –inspirada por alguna herencia romántica– o la legitimación del autoritarismo. La sacralización de los impulsos opuestos, por ejemplo, refuerza la imposibilidad del diálogo otorgando respaldo paradójicamente a una dimensión meramente fonológica. Naturalizadas, sólo lograrían excluir la lógica misma de la agencia histórica, sostenida en la posibilidad de impulsar un rumbo en algún sentido, sumiéndose en cambio en una contemplación que lleva a la inacción.

Existen, por cierto, modos de pensar la agencia compatibles con esta inclusión dinámica de la dimensión pasional. Así, Wendy Brown es responsable de explorar la posibilidad de que la agencia sea interpretada en términos del «rol del deseo» como camino para una transformación radical y esencialmente crítica. El «deseo de futuridad» puede ser redefinido como actuando en múltiples sitios y modalidades de luchas emancipatorias.⁶⁸ Si la emancipación supone que los sujetos tienen la capacidad de desafiar su situación a través de la reflexividad, aun admitiendo la no fundamentación como condición de posibilidad de la agencia contemporánea y una alternativa relacional como la de Prokhovnik, la emancipación no debe ser excluida de nuestro vocabulario. Sin embargo, el agente de este proceso emancipatorio –en tanto liberación de las circunstancias que esclavizan– ha de ser redefinido, entre otras cuestiones, teniendo en cuenta la dimensión pasional.

4. Por una agencia transformativa: las pasiones pragmáticas

Para evaluar una salida a este dilema acorde con el camino abierto por el apartando anterior y teniendo en cuenta las tensiones esbozadas, proponemos entonces el concepto de *pasiones pragmáticas*, aun cuando resulte una expresión de apariencia contradictoria. Se trata de aceptar un rol para las pasiones políticas como fuerzas contingentes y, simultáneamente, desarrollar un sentido de la agencia sin necesidad de una metanarrativa definitiva.

El planteo desplegado por Rorty resulta particularmente iluminador en tanto es capaz de ofrecer armas para el desarrollo de una posición que supere los problemas planteados, pero también porque advierte sobre la tentación de reiterar esos mismos problemas.

68. Wendy Brown, *Politics Out of History*, Princeton University Press, Princeton, 2001, p. 44 y ss.

Para ello nos inscribiremos -a la manera de Fraser- en un marco metodológico de inspiración rortyano, donde «la verdad es hecha y no encontrada».⁶⁹ Esta visión pragmatista implica que la filosofía ya no necesita verdades eternas: sea Dios, la mente o el origen, todas las opciones fundacionales deben ser abandonadas. La filosofía, de hecho, debe dedicarse a redescubrir un nuevo vocabulario.⁷⁰ En sus palabras: «el método consiste en redescubrir muchas cosas de maneras nuevas, hasta haber creado un patrón de comportamiento lingüístico que tentará a las próximas generaciones para que lo adopten, llevándolos a buscar nuevas formas apropiadas de comportamiento no lingüístico».⁷¹ Desde el momento en que no existe tal cosa como naturaleza humana⁷² -en nuestro caso, pasiones que puedan definir esa supuesta naturaleza humana-, no hay necesidad de una meta-narrativa: una persona es uno de nosotros y no la expresión de una esencia que tiene que ser encontrada. Rorty propone así un desplazamiento de la filosofía hacia la política sobre la base de su rechazo a la metafísica y su defensa de la historia y la filosofía como disciplinas útiles.⁷³ En lugar de verdad objetiva nos debemos concentrar en el concepto de *creencia*; en lugar de naturaleza humana en un yo contingente; y en lugar de argumentación lógica en conversación y metáforas. Es sólo a través de la imaginación que el cambio político puede devenir viable. Desde el momento en que no es posible liberarse de nuestras circunstancias, sólo podemos imaginar ideas no familiares.

Es decir, que nos enfrentamos a un rechazo hacia cualquier tipo de esencialismo que imponga límites sobre aquello que puede ser transformado y sobre las características mismas de los agentes. La solidaridad es alcanzada a través de una identificación imaginativa con otras vidas, estableciendo un vínculo entre nosotros y ellos.⁷⁴

Las consecuencias políticas directas de estas afirmaciones resultan en el despliegue de dos nociones: *crueledad* y *solidaridad*, capaces de hacer a un lado la posibilidad de construir un abismo entre un «nosotros» y un «ellos». De acuerdo a Rorty: “lo que cuenta como ser un ser humano decente es relativo a la circunstancia histórica, una cuestión de consenso sobre qué actitudes son normales y qué prácticas son justas o injustas”;⁷⁵ “la solidaridad humana es nuestro recono-

69. Richard Rorty, *Contingency, Irony and Solidarity*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, p. 3.

70. *Idem*, p. 9.

71. *Ibid.*

72. *Idem*, p. xiii.

73. Richard Rorty, *Objectivism, Relativism, and Truth. Philosophical Papers I*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, p. 175 y ss.

74. Richard Rorty, *Contingency...*, *op. cit.*, p. 190.

75. *Idem*, p. 189.

cimiento de la humanidad en común, pero no implica querer algo que está más allá de la historia y las instituciones: la creencia puede aún regular la acción”.⁷⁶

Sin embargo –y he aquí algunos de los problemas que enfrenta el propio Rorty, tal vez a su pesar–, estos objetivos más »modestos« sostienen guías, no para la transformación política, sino para la mera compensación. No para implementar nuevos principios, sino para corregir algunas consecuencias de los antiguos gracias a los sentimientos contingentes de sujetos contingentes para los cuales siempre habrá algún tipo de asimetría entre «ellos» y «nosotros». Aquí asoma nuevamente uno de los peligros señalados más arriba: los dilemas de los mecanismos compasivos.

En su reconstrucción de la justificación de los derechos humanos, Rorty mismo, al contemplar las emociones como «soluciones eficientes»,⁷⁷ introduce un elemento particularmente valioso. Sería más eficiente, asegura, hacer a un lado el fundacionalismo, «porque nos llevaría a concentrar las energías en manipular los sentimientos, en una educación sentimental. El objetivo de esta clase de manipulación de los sentimientos es expandir la referencia de los términos de “nuestra clase de gente” y “gente como nosotros”». ⁷⁸ Eventualmente, expresada de esta manera, esta perspectiva puede llevar tanto a una subordinación de los sentimientos a la razón –lejos de la propuesta de Rorty– como al nacimiento del despotismo de tales sentimientos: tan fuertes y autónomos que puede legitimar las alternativas más disímiles. Pero también habilita la constitución de nuestras pasiones pragmáticas.

Ahora bien, si el poder de una crítica defundacionalista sólo es desplegada contra la razón, las pasiones devendrán fuerzas naturales de justificación última. El monopolio puro de las pasiones puede no sólo reforzar sus diferencias radicales con la razón, sino también llevarnos a establecer límites para las transformaciones. Es necesario encarar entonces, para usar la terminología rortyana, una educación sentimental que atravesase fuertemente a la pasiones.

¿Qué pasaría si a partir de una crítica defundacionalista de las pasiones las pudiéramos definir en relación a sus objetivos? El deseo, por ejemplo y a la manera de Brown, podría ser interpretado como un impulso relacionado con un objeto, como teniendo un objetivo. No sería una cuestión de subordinar las pasiones a la solución de problemas definidos por los objetivos de la razón, sino de dar cuenta de las pasiones mismas. Se abriría a la posibilidad de una interacción compleja y

76. *Ibid.*

77. Richard Rorty, «Human Rights, Rationality, and Sentimentality», en *Truth and Progress*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998, p. 170.

78. *Idem*, p. 174

dinámica entre pasiones y entre pasiones y razones también. La invención –un aspecto central para desarrollar una agencia transformativa– puede ser entonces vista como el resultado de una interacción compleja entre deseos y razones estratégicas. Tal como ha sido enfatizado por Rorty mismo, las profecías están relacionadas con la esperanza⁷⁹ y –podríamos agregar bajo su propio marco– junto a una definición del interés de un grupo social. Ambas, esperanza e interés, se definen esta vez como meramente contingentes.

Tal como señalamos más arriba, la crítica defundacionalista a la razón contiene el riesgo de que las pasiones ocupen su lugar como justificación última. Es por ello que presentamos la posibilidad de desarrollar una interacción dinámica que haga definitivamente a un lado la asociación de pasiones a mera justificación del sentido común.

Tanto el problema referido como la posibilidad de un planteo alternativo de inspiración pragmatista pueden ser analizados a partir de una de las críticas argumentadas por Fraser contra Rorty. Allí es donde ella asegura haber identificado en Rorty una tensión esencial que puede ayudar a redefinir nuestro problema.⁸⁰ Se trata de la que surge de la presencia simultánea de un impulso romántico, que se apoya en lo sublime, y otro pragmático, definido por estrategias con ciertos objetivos. Si el segundo expresa la posibilidad de transformación, el primero de ellos lleva inevitablemente al silenciamiento de la innovación; es decir, en nuestro planteo, hacia una mera contemplación de la emoción que, cercana al romanticismo *à la* Sorel, refuerza la imposibilidad negativa de la transformación. Si tomamos como punto de partida el impulso pragmático rortyano y expulsamos el romántico, seremos capaces de identificar una narrativa sin metafísica –como la pretendida por el propio Rorty–,⁸¹ olvidando toda apelación a lo sublime y que resulte capaz de referirse a la emancipación en tanto local y abierta al cambio constante. Como señalamos más arriba, la cuestión es, entonces, explorar la posibilidad de desplegar sobre las pasiones una estrategia antifundacionalista ajena a la mera contemplación.

De acuerdo al análisis de Rorty, las lealtades involucran creencias, deseos y emociones que son compartidas por una cierta comunidad.⁸² Habiendo redefinido las pasiones desde una perspectiva pragmática nos puede ayudar a considerar la transformación de esas lealtades de otro modo congeladas.

79. *Idem*, p. 201.

80. Nancy Fraser, «Solidarity or Singularity? Richard Rorty Between Romanticism Technology», en Alan Malachowski (ed.), *Reading Rorty*, Blackwell, Oxford y Cambridge, 1990, p. 303.

81. *Idem*, p. 211.

82. Martin Hollis, «The Poetics of Personhood», en Alan Malachowski (ed.), *Reading...*, *op. cit.*, p. 255.

De hecho, es necesario pensar a la creencia –entendida en tanto hábito o guía para la acción– como incluyendo a las pasiones: una dimensión que forma parte de esas creencias sujeta a la misma dinámica defundacionalista que las razones.

Este enfoque puede ser capaz de definir la señalada narrativa sin metafísica,⁸³ a partir de la posibilidad de excluir una metanarrativa sublime, y pensar la emancipación como local y en constante cambio. Las pasiones involucradas en la agencia pueden constituirse en una narrativa contingente gracias a la expulsión de las pretensiones fundacionalistas volcadas, bajo el impulso romántico, sobre esas mismas pasiones.

Pero, ¿cuáles serían las características de la emancipación bajo este marco? Desde el momento en que el horizonte pragmatista redefine la subjetividad como contingente, estamos obligados a caracterizar la emancipación a partir de una perspectiva distinta. El enfoque de Wendy Brown nos puede ayudar nuevamente a revalorar esta noción, esencial para definir una política transformativa. De acuerdo a su perspectiva, aunque el deseo no es inherentemente emancipatorio⁸⁴ –y puede llevar a un moralismo antipolítico–, es el deseo por una crítica total y una transformación total lo que puede ayudarnos a enfrentar la resistencia. El deseo de futuridad puede ser redefinido como cumpliendo luchas emancipatorias en múltiples sitios y modalidades.

La emancipación implica que los sujetos tienen la capacidad de desafiar su contexto a través de la reflexividad. Aún si admitimos la falta de fundamento como la condición de posibilidad de nuestra agencia contemporánea, la emancipación no tiene que ser excluida de nuestro vocabulario político. Sin embargo, el agente de este proceso emancipatorio debe ser redefinido contemplando, por ejemplo, el rol de las pasiones en los términos aquí introducidos.

Para dar sustento a una política transformativa, se torna necesario reforzar el rol de la agencia inclusive sobre sí misma. De otro modo, cualquier transformación sería vista como producto de algún tipo de ontología inapelable. La resistencia, implicando agencia y «el valor de cuestionar las normas que heredamos en la posición que ocupamos»,⁸⁵ es esencial para transformar el presente, aún en un sentido local. También para la posibilidad de abrir la transformación de las narrativas volcadas sobre la propia agencia y evitar así el esencialismo.

83. Richard Rorty, *Objetivism...*, *op. cit.*, p. 211.

84. Wendy Brown, *Politics...*, *op. cit.*, p. 46.

85. Mark Bevir, «Foucault and Critique. Deploying Agency against Autonomy», *Political Theory*, vol. 27, No. 1, Febrero 1999, pp. 65-84; cf. p. 76.

En tanto el poder de una crítica antifundacionalista sólo sea desplegado sobre la razón, las pasiones pueden transformarse –tal como señalamos– en fuerzas naturales de justificación última. Es que si las pasiones sólo se vinculan entre sí, continuarán acorazadas en aquel reino sofocante y misterioso. En cambio, en tanto las pasiones resulten definidas a partir del objetivo que comportan, sería posible dar cuenta no sólo de la interacción entre pasiones, sino también entre, por ejemplo, deseos y razones estratégicas; una cuestión adelantada por Nussbaum.

No estamos tratando de esbozar descripciones psicológicas, sino de remitirnos a modos de constitución y desarrollo de la agencia, en un espectro donde toda significación social presupone reglas sociales. Hay entonces en el presente planteo un ánimo por aunar cierta concepción pragmática de las pasiones con el impulso de un olvido definitivo de la asociación de las pasiones a una concepción estática de lo social.

Si al abandonar todos los fundamentos –inclusive la propia existencia de una naturaleza humana– la filosofía se convierte en una operación de redescipción, entonces la subjetividad debe resultar desligada de la autenticidad que garantiza el misterio. Y también, por cierto, de las certezas de un reino estrictamente predecible. Sólo así, por ejemplo, los marginados podrán ser conceptualizados como agentes. De lo contrario su integridad está en peligro. También, de no ser capaces de delinear ideas no familiares a través de la imaginación, está en jaque la posibilidad misma de un primer paso –y no el definitivo– para su propio reconocimiento.

Se ha dicho que la libertad positiva o autonomía surge de un estado mental donde el verdadero sujeto no puede ser derrocado por impulsos recalcitrantes o pasiones.⁸⁶ Sin embargo, si estas pasiones no son caracterizadas como sentimientos inmediatos, sino en tanto una dimensión que puede y debe estar involucrada en un proceso de mediación para tornarse significativo, entonces la autonomía, aun cuando exija cierta reformulación de sus atributos, no está en peligro. Así es como la resistencia, pensada en tanto «el valor de cuestionar las normas que heredamos desde la posición que ocupamos»,⁸⁷ permite entender la agencia a partir de su poder transformador local.

Allí donde, por ejemplo, la rabia no sea definida como aislada e inamovible, puede dejar de ser meramente reactiva, para devenir una fuente capaz de responder a las injusticias. De lo contrario, el resentimiento sólo reiterará la impotencia

86. Sabina Lovibond, «Feminism and Postmodernism», *New Left Review*, 178, 1989, pp. 5-28; cf. p. 9.

87. Mark Bevir, «Foucault...», *op. cit.*, p. 76.

y limitará nuestra habilidad para actuar. Se trata, entonces, de reconceptualizar la acción política a partir de estrategias activas de resistencia que pueden dar cuenta de pasiones abiertas a ser transformadas, insistimos, tanto entre ellas como por su vínculo con las razones.

A partir de esta redefinición sería posible acercarse a la propuesta de repensar la agencia en términos de subversión y resignificación atenta, esta vez, a pasiones y razones. Esta capacidad de alterar la dirección del sentido que involucra tanto a la significación como a la acción resultaría complejizada y la abriría a la posibilidad de la crítica reconstructiva o normativa, necesaria para abrir el presente hacia alternativas emancipatorias. Más allá de la mera compasión, ajena a los misterios radicales y abierta a la alternativa de emancipaciones dentro de la propia –nuestra– turbulencia.

Esta presentación contingente de las pasiones introduce, entonces, una redefinición de la agencia atenta a esa dimensión, pero no sólo alejada del supuesto del consenso, sino también compatible con un efecto clave de la exclusión de tal consenso: la reivindicación del rol del pluralismo y la conflictividad esencial de lo político, rescatada por Mouffe. Hay aquí además un empoderamiento de la agencia en tanto las pasiones mismas pueden ser transformadas.

De este modo, nuestra propuesta enfrenta el tríptico de problemas señalados más arriba:

a) Si hacemos a un lado el impulso romántico rortyano, la vocación por la autenticidad que justifica una suerte armonía preestablecida de las pasiones capaz de legitimar las pretensiones de consenso final, puede ser disuelta. El impulso mismo de las pasiones pragmáticas y la posibilidad de su transformación habilita una dinámica donde la conflictividad es parte del espectro de lo público. Si, en cambio, sostenemos el recurso a un espacio misterioso e inmodificable, la conflictividad encontrará un límite establecido de antemano.

b) La posibilidad de que la agencia misma se transforme gracias a la aplicación de la lógica pragmática a las pasiones hace a un lado el establecimiento de dualismos donde –como en la caridad o el cuidado– el polo supuestamente beneficiado es desempoderado. Deja de ser acá posible la estigmatización envuelta en mecanismos como los compasivos: cualquiera de los polos en cuestión está habilitado para alterar las características mismas de su agenciamiento. Las pasiones dejan de formar parte de una lógica alternativa a la de la justicia para interactuar entre sí y con las razones mismas.

c) Claramente, en un contexto donde las mediaciones son vistas como positivas y no como mecanismos distorsivos de un reino auténtico, las pasiones pueden ser transformadas al punto de abrir el despliegue y las características mismas de la agencia más allá de cualquier fundacionalismo. De hecho, la agencia podría ser

vista, por ejemplo, como posibilidad de resignificación, y las pasiones como una de las condiciones que hacen posible la agencia.⁸⁸ Incluso la libertad positiva surge de una organización específica de la mente: es el resultado de haber logrado un estado de la mente en el que las decisiones de un sujeto –en términos de coherencia y estabilidad– no pueden ser torcidas por impulsos o pasiones recalcitrantes.⁸⁹ Es decir que, tradicionalmente, las pasiones han sido vistas como algo de lo que hay que emanciparse. Si embargo, si las pasiones no son caracterizadas como sentimientos inmediatos, sino como una dimensión que para ser significativa debe estar involucrada en un proceso de mediación, pueden no contradecir la autonomía. Se trata de reconceptualizar la acción política como estrategias de resistencia que pueden atender las pasiones abiertas para ser transformadas por ellas mismas y las razones; y viceversa. Sólo resultarán significativas, además, en tanto estén relacionadas con las acciones, y no cuando son pensadas como meros precursores de las acciones.

Estos elementos ayudan entonces a evaluar las consecuencias que tendría la conceptualizar de las pasiones desde un punto de vista pragmático donde las operaciones defundacionalistas aplicadas por Rorty sobre las razones se vuelcan esta vez sobre las pasiones.

Si posiciones asentadas sobre la lógica emancipatoria como las feministas –más allá del contenido que cada una de sus versiones le otorgue a un concepto tan disputado el de *emancipación*– han encontrado un escollo al desplegar una concepción de las pasiones que redunde en un desagenciamiento –y con ello la imposibilidad misma de la agencia– es porque se han rendido a una caracterización de la dimensión pasional que, en mayor o menor medida, las torna en un fundamento inmodificable. En cambio, si se opta por la estrategia alternativa presentada, se abre la posibilidad de sostener el agenciamiento atendiendo a la dimensión pasional. Es más, creemos que, más allá del objetivo político al que se aspire –sea emancipatorio o conservador– la conceptualización de las pasiones en estos términos habilita una agencia más eficaz aun para fines que pretendan un retorno al pasado o un mantenimiento del *statu quo*. Claro que resulta en una tensión especial cuando se trata de marcos que, como el feminista, se asientan sobre la lógica emancipatoria.

Universidad de Buenos Aires

88. Judith Butler, «Contingent Foundations: Feminism and the Question of “Postmodernism”», en Seyla Benhabib, Judith Butler, Drucilla Cornell y Nancy Fraser, *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, Routledge, Nueva York, 1995, p. 135.

89. Sabina Lovibond, «Feminism...», *op. cit.*, p. 9.